

menester procurar por todas las vias posibles, y con todas las blanduras que en el mundo se pudieran hallar, la reduccion de este pueblo, porque estando V. M. armado como está, tiene lugar la misericordia, y la tendrán por tal, y si en otro tiempo se acometeria con ella, fuera darles ocasion de mayores desvergüenzas.»

Habian muerto en el sitio de Harlem mas de cuatro mil hombres del ejército real, entre ellos muy ilustres y valerosos capitanes. Recibieron heridas don Fadrique, don Fernando y don Rodrigo de Toledo, los maestros de campo don Gonzalo de Bracamonte y Julian Romero, y otros muchos esforzados caudillos y oficiales de todas naciones. Calcúlase que murieron de los enemigos mas de trece mil (1).

A los quince dias ó poco mas de la entrada de nuestras tropas en Harlem, amotináronse los tercios veteranos españoles pidiendo que les diesen qué comer, é hicieronlo con tal orden y maestria, como soldados viejos que eran, y tomaron tales disposiciones, y publicaron tales bandos, y diéronse asimismo tal forma de gobierno, que ellos se apoderaron de todo lanzando á sus capitanes, y dándose por muy feliz de poderse salvar el maestre de campo Julian Romero, que llegó mas muerto que vivo á Amsterdam. Esta insurreccion, que duró muchos dias, puso en tal cuidado al duque de Alba que escribió al rey pidiéndole por Dios dirigiese desde aquí su voz á los amotinados y les ofreciese pagarles á la mayor brevedad. Tan en cuenta lo tomó Felipe II, que en 16 de agosto le contestó desde Galapagar, diciéndole le enviaba cuatrocientos mil escudos en letras de cambio, habiéndole costado tanto trabajo reunir esta suma, y á tan crecidos intereses, que era necesario viese de terminar cuanto antes los negocios de los Países Bajos. Con esto y con el dinero que entre el duque y su hijo habian pedido prestado á comerciantes particulares de Amsterdam, pudieron sosegar al pronto la sublevacion, concertando con los insurrectos la cantidad que habian de dar á cada uno. Pero creció con esta especie de capitulacion la insolencia, y no tardaron en amotinarse otra vez, si bien costándole á los autores de este segundo motin ser ahorcados delante de Alckmaar por orden de don Fadrique.

El resto del año se pasó, conforme á la orden del rey, en apresurar las operaciones para ver de concluir una guerra tan costosa, que ni los escasos recursos de un país tan castigado, ni los mas escasos que podian ir de España alcanzaban á soportar. Aunque muy quebrantados los orangistas con las anteriores derrotas, aun daban mucho que hacer á las tropas reales en Holanda y Zelanda, de cuyas provincias, si bien se fueron tomando algunas ciudades, á costa de trabajosos sitios y de no pocas pérdidas, muchas quedaban todavía por los rebeldes, y continuaba viva la guerra por tierra y por agua, en aquellos países mitad marítimos, mitad terrestres. Las tropas de diferentes naciones que se hallaban al servicio del rey por este tiempo en los Países Bajos, segun relacion del duque de Alba dada al comendador de Castilla, eran: setenta y nueve compañías españolas, que hacian siete mil novecientos soldados: cincuenta y cuatro compañías de altos alemanes, que componian diez y seis mil doscientos hombres: treinta y dos compañías de bajos alemanes, con nueve mil seiscientas plazas: ciento cuatro compañías waloñas, que equivalian á veinte mil ochocientos soldados. Era el total de la infantería cincuenta y cuatro mil quinientos hombres, sin contar los tres mil que ocupaban las plazas fronterizas. La caballería se componia de treinta y cinco compañías, que hacian un efectivo de cuatro mil ochocientos hombres (2).

(1) Además de las noticias que de este sitio y de esta guerra nos da don Bernardino de Mendoza, el mas autorizado de los historiadores de las cosas de Flandes, en el libro IX de sus Comentarios, tenemos á la vista copias de multitud de documentos originales de la correspondencia del duque de Alba con el rey, y de este con otros personajes que se hallaban en Flandes y Holanda, la del duque de Alba con don Fadrique, su hijo, general del ejército, la del secretario Albornoiz con Gabriel de Zayas, y tantos otros documentos, que con sola su enumeracion y con las fechas de cada uno podríamos llenar algunas páginas.

(2) Relacion de la gente de guerra, etc., enviada por el duque de Alba al comendador de Castilla, el 18 de diciembre de 1573.—Archivo de Simancas, Estado, legajo 554.

Mas cuando en tal estado se hallaba la guerra, ocurrió otra novedad, que habia de ser trascendental para los Países Bajos, á saber, el reemplazo definitivo del duque de Alba en el gobierno político y militar de Flandes y su venida á España. Los historiadores señalan como única causa de haber admitido el rey la dimision del duque, su falta de salud y el deseo repetidas veces manifestado de retirarse. Pero hubo en realidad mucho mas que esto, segun evidentemente se ve por la correspondencia oficial que tenemos á la vista. Cierto es que el duque de Alba gozaba ya de poca salud, y hacia tiempo deseaba y pedia ser relevado del gobierno, como que á virtud de sus reclamaciones habia el rey nombrado y enviado para reemplazarle al duque de Medinaceli. Encendida la guerra cuando este último llegó á los Países Bajos, creyó el de Alba que su reputacion no le permitia abandonar el país en aquellos momentos hasta pacificarle, y continuó al frente de la guerra, y de los negocios, de modo que habia en los Estados dos gobernadores, uno de hecho y de realidad, que era el duque de Alba, aunque dimisionario, y otro que puede decirse nominal, que era el de Medinaceli, á quien se aparentaba consultar como á una especie de coadjutor ó coregente, pero que en hecho de verdad desempeñaba un papel indefinible. Si al principio pareció marchar acordes los dos gobernadores, no tardaron en surgir entre ellos las quejas y disidencias que era de esperar. «Mucha paciencia he necesitado desde que vine á estos países (escribia el de Medinaceli desde Nimega en 12 de noviembre de 1572), y ahora que el duque de Alba se mantiene lejos del teatro de la guerra, estoy determinado á dejarle en cuanto Zutphen sea tomada. El rey juzgará si es conveniente que un capitán general esté tan apartado de su ejército, y si es decoroso á mi reputacion que la direccion de la guerra y de las tropas se haya encomendado á don Fadrique, que por la edad puede ser hijo mio. A bien que con irme yo nada sufrirán los negocios, porque el de Alba me da ya tan poca parte de las cosas, á lo menos de los términos y resoluciones dellas, que en las que se ofrecen no me instruye, y en las demás del gobierno, que lo ha de hacer, dice que no es llegado el tiempo, y que las ocupaciones destas revueltas no dan lugar á ello (3).»

Por otra parte el secretario Albornoiz, íntimo del de Alba, escribia al secretario Zayas (de Nimega, á 8 de marzo, 1573): «El duque de Medina ayuda poco á la direccion de los negocios. ¡Pluguiese á Dios que el rey no se hubiera acordado de nombrarle, y que él no hubiera venido jamás á estos países, ó que hubiera venido así que se le nombró! Porque desde que se supo su nombramiento, comenzaron las intrigas entre los consejeros, y nacieron todos los embarazos en que nos hallamos.... Si el duque de Medina se queda aquí, apostaría á que esto se pierde en ocho meses, ó acaso en cuatro.... (4).» Por este orden continuaban quejándose mutuamente uno de otro duque, é indisponiendo reciprocamente uno á otro gobernador con el rey.

Influyó esto sin duda grandemente en el ánimo de Felipe II para decidirse á nombrar gobernador y capitán general de los Países Bajos á don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, que gobernaba el ducado de Milan. En 3 de octubre le escribia desde el Pardo que habia mandado se le extendieran las patentes é instrucciones que habia de llevar, y en 21 del mismo desde Madrid le decia que se las enviaba, con una instruccion particular firmada de su mano, que contenia importantes advertencias, asi para la buena direccion de los negocios de Estado, como para la disciplina de las tropas. En su virtud pasó Requesens á Flandes (noviembre, 1573), donde fué muy bien recibido del duque de Alba, y aunque el comendador rehusaba encargarse del gobierno hasta la partida del duque por consideracion á su persona, habiéndole este enseñado las cartas del rey en que le ordenaba hacer la transmision del mando tan pronto como aquel llegase, cedió el de Requesens, y se encargó de la lugartenencia general de los Estados (29 de noviembre), con el sentimiento de saber la si-

(3) Carta del duque de Medinaceli; archivo de Simancas, Estado, legajo 552.

(4) Archivo de Simancas, Estado, legajo 556.

tuacion deplorable en que se encontraba la hacienda, debiéndose considerables sumas, sin haber un real en caja, ni medios de subvenir á los gastos ordinarios (1).

Dispuso pues el duque de Alba su partida, y salió de Bruselas para España (18 de diciembre, 1573), despues de haber gobernado á Flandes seis años, trayendo consigo á su hijo don Fadrique con cinco compañías de caballos, con los cuales se embarcó en Génova, dejando aquellos países en guerra, y á los hombres políticos haciendo los mas diversos cálculos y encontrados juicios sobre la conveniencia ó inconveniencia de su retirada á tal tiempo y en tales circunstancias. Al decir de un historiador no iban descaminados los que juzgaban que al modo que en Roma se dijo de Augusto César, «que ó no hubiera debido nacer, ó no debiera haber muerto,» asi se podia decir del duque de Alba, «que ó no debiera haber ido nunca á Flandes, ó no debiera haberle dejado á aquel tiempo.» Ocasión tendremos nosotros de emitir nuestro juicio: los sucesos lo irán mostrando tambien, y solo apuntaremos al terminar este capitulo, que el gobierno de Requesens, tan diferente en carácter del duque de Alba, no podia menos de dar nueva fisonomía á la situacion de los Estados de Flandes.

CAPITULO XI

Los moriscos.—El marqués de Mondejar y el de los Velez

1569

Primeras operaciones de campaña del marqués de Mondejar.—Paso del puente de Tablate.—Atrevida resolucion de un fraile franciscano.—Fuga de los moriscos.—Sitio y socorro de Orgiba.—Los cristianos en Pitres, Poqueira y Jubiles.—Gran degüello de mujeres moriscas.—Diego Lopez Aben Aboo.—Discordia entre el rey Aben Humeya y sus parientes.—Tratos de paz.—Accion de Paterna.—El marqués de Mondejar en Andarax y Ujijar.—Su política con los rendidos.—Expedicion del de Mondejar á las Guájaras.—Conquista del Peñon.—Fuga y suplicio de el Zamar.—Crueldad del marqués con los vencidos.—Reduccion de los lugares de la Alpujarra.—El marqués de los Velez en la sierra de Filabres y en la de Gador.—Sus triunfos sobre los moriscos en Huéjica y Filix.—Indisciplina de sus tropas.—Atrevida expedicion de don Francisco de Córdoba.—El marqués de los Velez en Oñanez.—Escenas trágicas.—Pacificacion de la Alpujarra.—Riesgo que corrió Aben Humeya de ser cogido.—Sálvase mañosamente.—Acusaciones é intrigas en Granada y en la corte contra el marqués de Mondejar.—Da el rey á don Juan de Austria la direccion de la guerra.—Don Juan de Austria en Granada.

De índole completamente diversa y nada parecida á la guerra de Flandes era la de los moriscos insurrectos del reino de Granada, que al apuntar el año 1569, dejamos como anunciada al final de nuestro capitulo VIII. Producidas ambas por motivos semejantes, por no querer sujetarse, así flamencos como moriscos, al rigor con que Felipe II se empeñaba en establecer la unidad religiosa en todos sus dominios, y por sacudir el peso de los onerosos tributos con que los oprimia, el carácter de la rebelion y de las guerras de cada uno de estos dos pueblos tenia que ser de todo punto distinto, por la diferente condicion de los naturales de cada país y por las circunstancias de localidad.

Habitando los moriscos la parte mas montañosa y áspera del reino de Granada, rústicos é inciviles los mas, divididos en grupos de pequeños pueblos llamados *tahas*, sin una ciudad ni plaza fuerte, sin ejército organizado, tan valientes y feroces como fanáticos por los ritos de su antiguo culto, iritados como los leones en sus cuevas con la opresion y los malos tratamientos de los cristianos, la guerra que estos hombres hicieran necesariamente habia de ser, como lo fué, una lucha de esfuerzos parciales, de asaltos y sorpresas, de rústicos é improvisados atrincheramientos, de acometidas y defensas heroicas y feroces, de incendio, de saqueo y de asesinato, guerra en fin de montaña, y lo que en nuestra vecina nacion llamarian de *brigandage*, como lo habia empezado á ser. Mas no por eso dejó de ser fecunda y variada en notables acci-

(1) Cartas del duque de Alba al rey, de Bruselas, 2 de diciembre, y de don Luis de Requesens, 4 de diciembre, tambien de Bruselas. Archivo de Simancas, Estado legajo, 552.

dentés, que los historiadores de aquel tiempo y que se hallaron en ella nos han trasmitido, á los cuales nosotros no podemos seguir por no ser de nuestro objeto, en sus diarios lances y pormenores, bien que en ellos figuraran personajes y generales de gran cuenta, algunos de los cuales ganaron no poca reputacion y lauro, y fué el principio de sus grandes glorias militares.

Dejamos en el final del precitado capitulo al marqués de Mondejar en el Padul, dando principio á la campaña contra los rebeldes moriscos, con la gente que habia podido recoger en Granada, mas fuerte por el valor y la decision que por el número y la disciplina, que aquel era bien escaso para sujetar un pueblo insurrecto, y esta no era para elogiada, en especial la de la gente concejil, que iba movida del deseo y la esperanza del pillaje; así como se distinguian por su lucido y aun lujoso porte los aventureros y gente noble que por afición á pelear acompañaban al capitán general de Granada. La estacion era la mas cruda del año (principio de enero, 1569), y mas en un país erizado de altos riscos y nevadas sierras. Y sin embargo, no se interrumpieron un punto, antes menudeaban maravillosamente los combates y los movimientos y operaciones de la guerra. Ya desde el Padul tuvo que rechazar un grueso peloton de moriscos mandados por Miguel de Granada el Jabá, que en una acometida nocturna habia sorprendido su vanguardia en Durcal, y herido de un flechazo al capitán Lorenzo Dávila. Y aquí se comenzó á ver tambien el carácter religioso que se dió á esta guerra. Cuatro frailes de San Francisco y cuatro jesuitas pelearon en este reencuentro en favor de los cristianos. Uno de los primeros arengaba con un Crucifijo en la mano á los suyos, cuando una piedra lanzada por un moro vino á herirle fuertemente en el brazo dando en tierra con la sagrada insignia, cosa que irritó tanto al capitán Gonzalo de Alcántara, que embravecido como una fiera, y no contento con haber arrancado la vida al perpetrador de aquel sacrilegio, arremetió furioso con su espada jurando degollar á cuantos descreídos se le pusieran por delante. Sin embargo, hubiéndolo pasado mal aquella noche los cristianos, si un ardid del marqués de Mondejar no hubiera ahuyentado á los audaces moriscos.

Rechazado el Jabá, y reforzado el marqués con las milicias de Ubeda, Baeza, Porcuna y otras villas (que á esta guerra concurrían, como en lo antiguo, los señores con sus vasallos, los concejos con sus pendones), sometiéronse los moriscos de las Albuñuelas, temerosos de que descargara sobre ellos toda la furia de los cristianos. Abasteciéndole de mantenimientos desde Granada su hijo el conde de Tendilla, que dividiendo en siete partidos los lugares de la Vega, hacia que cada uno en un dia de la semana llevase diez mil panes de á dos libras al campo del marqués su padre; y todos los soldados y caballeros que de las ciudades de Andalucía iba reuniendo en Granada, los alojaba en las casas de los moriscos, obligando á éstos á darles cama y comida, ahorrando así el gasto de alojamiento y manutencion al Estado, pero dando ocasion á los soldados á entregarse á los desmanes y excesos de la licencia y de la codicia. No lograron los moriscos, por mas reclamaciones que hicieron, libertarse de esta carga, pesándoles ya de no haberse unido á Aben Farax la noche que entró en el Albaicín (2).

Así reforzado el de Mondejar, determinó pasar á la Alpujarra, donde le esperaba el llamado por los moriscos rey de Granada y de Andalucía, Aben Humeya, con tres mil quinientos hombres, armados de arcabuces, palos enastados, hondas y ballestas con flechas envenenadas. Tenian los cristianos que pasar el puente de Tablate, colocado sobre un profundísimo barranco. Los enemigos habian cortado este puente, pero habian atravesado de un lado á otro unos maderos viejos con los cimientos socavados, de modo que no pudiendo sostener mas del peso de un solo hombre, si cargaban mas sobre él cayeran despeñados al abismo. Confiaban los moros en que no habria nadie tan temerario que se atreviera á intentar el paso por el estrechísimo y mal seguro puente, mas no contaban con el ánimo que infunde el espíritu religioso. Mien-

(2) Mendoza, Guerra de Granada, lib. I.—Mármol, Rebelion y castigo de los Moriscos, libro V, caps. 2 al 9.

tras la artillería y arcabuceria del marqués con nutrido fuego alejaba á los enemigos de la orilla opuesta, un fraile franciscano, Fr. Cristóbal de Molina, remangando el halda de su hábito, con una rodela echada á la espalda, su espada desnuda en la mano derecha, y en la siniestra un Crucifijo, invocando el nombre de Dios, se metió denodadamente por el puente, y cimbreándose los viejos maderos y deshaciéndose bajo sus piés los terrones que los cubrían, pasó del otro lado con indecible asombro de los enemigos. Picó el ejemplo del fraile á los soldados, y manteniendo la artillería á respetuosa distancia y en respeto á los moriscos, fuéronle pasando en bastante número, no sin que algunos bajaran volteando á la profundidad del barranco, donde se hacían pedazos sus cuerpos. Aterrado Aben Humeya con tan insigne pérdida de valor, retiróse á las breñas con su gente, no sin pérdida considerable. El marqués hizo rehabilitar el puente; dejó en su guarda la compañía del pendon de Porcuna; avanzó al collado de Lanjaron, y marchó á socorrer y libertar la guarnición de Orgiba, que ya se hallaba en el último apuro y extremo, despues de haber sufrido en una torre todos los trabajos y todos los accidentes de un sitio formal.

Socorrido el presidio de Orgiba, dirigióse á la taha de Porqueira, de la cual se apoderó, derrotados cuatro mil hombres de Aben Humeya en el paso de Alfajarali, bien que á costa de salir heridos de una pedrada su hijo don Francisco de Mendoza (1), y de dos saetas el capitán Alonso de Portocarrero. En Porqueira cautivó muchas mujeres y niños, los soldados hicieron gran presa de botín, y de allí se movió el marqués á Pitres de Ferreira, donde se dedicó á curar los heridos, en cuyo tiempo ocurrió un infortunio que le llenó de amargura. La compañía que dejó guardando el puente de Tablate fué asaltada y sorprendida por quinientos moriscos, muriendo parte de los cristianos degollados, parte quemados dentro de una iglesia en que buscaron asilo, y huyendo el resto á Granada. En cambio de este contratiempo presentáronse al de Mondejar dos mensajeros [de Fernando el Zager llamado Aben Jahuar, tío y general del rey Aben Humeya, ofreciendo entregarse con su gente, con tal que les diese seguro para sus personas. Despachó el marqués á los mensajeros con no mala respuesta, pero sin soltar prenda acerca del seguro, y levantando su campo tomó el camino de Jubiles en busca del grueso de los enemigos, con un temporal horroroso de nieves y aguas, por entre asperezas y cerros, hasta el punto que varios soldados se helaron aquella noche (17 de enero), y de los moros mismos que huían á lo alto de la sierra perecieron bastantes mujeres y niños de frío. Los rebeldes de Jubiles intentaron aplacar la ira de los cristianos dando suelta á multitud de mujeres que tenían cautivas, y cuyos maridos, padres y hermanos, habían sido á su presencia degollados. Conmovióse el marqués de Mondejar cuando se le presentaron aquellas infelices entre congojosas y alegres, con sus niños en brazos, descalzas y casi desnudas, sueltos los cabellos, y los rostros bañados en lágrimas, muchas de ellas doncellas y damas nobles criadas con regalo. El marqués las consoló y siguió adelante. Diez y ocho alguaciles de los principales de las Alpujarras le salieron con banderillas blancas en las manos en señal de paz, rogándole los tomase bajo su proteccion y amparo, é intercediese con S. M. para que los recibiese á merced y les perdonara los pasados yerros. Mandó desde luego el de Mondejar que no se les hiciese daño, mas la generosa conducta del general excitó grandes murmuraciones entre los suyos, que no llevaban con paciencia se tuviese consideracion con los rebeldes.

Ahuyentados Aben Humeya y los principales caudillos á la sierra, rindiéronse los del castillo de Jubiles, que serian unos trescientos, con mas de dos mil mujeres, las cuales ordenó el marqués se pusiesen á seguro en la iglesia. Mas como tuviesen que quedarse fuera mas de la mitad por no haber en el templo, sucedió que á media noche uno de los soldados cristianos que les hacían la guardia tomó del brazo á una de ellas, y quiso sacarla de entre las otras violentamente y llevarla con-

(1) Este don Francisco, hijo del marqués de Mondejar, fué almirante de Aragon, y despues de varias vicisitudes, se hizo clérigo, y llegó á ser obispo de Sigüenza.

siglo. La accion del imprudente y atrevido cristiano exasperó á un mancebo moro, que vestido de mujer, acaso amante ó deudo, junto á aquella jóven estaba, y arrojándose al soldado y arrebatándole la espada le atravesó dos veces con ella, acometiéndole despues á otros como quien desesperado buscaba la muerte. Alarmóse el campo, gritando que había entre las mujeres moros disfrazados y armados; creció la confusion, acudió gente de los cuarteles, y en medio de la espantosa oscuridad de la noche todas aquellas infelices fueron cruelmente acuchilladas, librándose solo las que estaban en el templo, merced á la prisa que se dieron á cerrar la puerta. Duró la mortandad hasta el día. El marqués mandó proceder contra los culpados, y aunque no era fácil averiguar quiénes fuesen, porque el delito no quedara impune fueron ahorcados tres de los que mas culpables aparecieron de las informaciones (2).

Envío el marqués los enfermos y heridos, así como las mujeres rescatadas del cautiverio, á Granada, donde su presencia causó al propio tiempo general compasion y júbilo; y dió salvoconducto á los diez y ocho alcaides de las Alpujarras, cosa que desagradó sobremanera á los que querían llevar la guerra á sangre y fuego, motejando al de Mondejar de tolerante con los enemigos de la fe cristiana. De allí pasó á Cádiar y Ujijar, en cuyo camino se le presentó á rendirle obediencia Diego Lopez Aben Aboo, primo del rey Aben Humeya, y sobrino de Aben Jahuar. La division y la discordia había entrado en la familia y parentela del rey de los moriscos: tanto, que como le dijese á Aben Humeya que su suegro andaba en tratos con el marqués de Mondejar y conspiraba contra él, le llamó artificiosamente á su casa y le hizo asesinar; repudió á su mujer, y se enervaron los enconos entre los parientes del difunto. De estas disposiciones trató de aprovecharse el caudillo de los cristianos, y sin dejar de seguir su marcha á Paterna, donde supo haberse atrincherado Aben Humeya con seis mil hombres, hizo que le escribiera don Alonso de Granada Venegas excitándole á que abandonara el camino de perdición que había tomado, y á que se pusiera á merced del rey y se redujera á su obediencia, puesto que aun estaba á tiempo, asegurándole que el mismo marqués de Mondejar intercedería por él con S. M.

La respuesta de Aben Humeya fué de estar pronto por su parte á hacer la sumision, pero pedia tiempo para ver de reducir á los sublevados. Apurábale el de Mondejar para que lo abreviase, y continuaron los mensajes y las respuestas, caminando entre tanto poco á poco el general de los cristianos para que no se malograsen los tratos y negociaciones de paz. Acaso hubieran estas llegado á feliz remate, y de ello había grandes esperanzas, si adelantándose el ala izquierda de los cristianos hasta la cuesta de Iniza, cerca ya de Paterna, no hubiera comenzado á escaramuzar con un escuadron de moros, poniéndole en huida. Súpolo Aben Humeya en ocasion que acababa de leer y aun tenía en la mano la última carta del marqués, y sospechando que todo era engaño, arrojó despedido la carta, y viendo á los cristianos subir la sierra y á los suyos huir, montó en su caballo y corrió también hácia la sierra, metiéndose tan de prisa por lo mas enervado de las breñas, que solo cinco moros le pudieron seguir. Desbandóse con esto su gente en el mayor desorden, los cristianos acuchillaban cuantos podían alcanzar, y entrando luego en Paterna cautivaron la madre y hermanas de Aben Humeya, con multitud de mujeres moriscas y gran cantidad de viveres y objetos, y rescataron mas de ciento cincuenta cristianas que tenían cautivas (27 de enero, 1569). Todavía el marqués mandó al grueso de su gente hacer alto en un encinar aguardando á que Aben Humeya viniese á darse á partido, con lo cual dió ocasion á nuevas murmuraciones de los soldados, que ignorantes de los tratos que mediaban, quejábanse de que les había quitado de las manos aquel día la mas cumplida victoria. La jornada de Paterna fué la última en que se juntó tanta gente morisca á las órdenes de Aben Humeya (3).

Sin descansar sino una sola noche, y no obstante el rigor de

(2) Mendoza, Rebelion y castigo, lib. V, cap. 20.

(3) Mendoza, Guerra de Granada, lib. II.—Mármol, Rebelion, lib. V, capítulo 25.

la estacion, partió el marqués al día siguiente á la taha de Andarax en busca de los dispersos y fugitivos. Siguiendo su sistema de política, admitió y dió seguro á los que venían á sometersele, dejándolos vivir en sus casas y lugares. Hizo mas, y es uno de los mas notables rasgos del carácter del de Mondejar, que fué entregar á tres alguaciles de la tierra mas de mil moriscos de las que llevaba cautivas, para que estos las diesen á sus padres, esposos ó hermanos, á condicion de volverlas cuando les fuesen pedidas; siendo lo mas singular del caso que mas adelante fueron otra vez entregadas conforme á la condicion impuesta, cosa, como dice bien un historiador de estos sucesos, desoida en los anales de las guerras civiles. Volvióse el marqués á Ujijar, donde permaneció cinco días, preparando una expedicion á las Guájaras, tierra de Salobreña y Almuñecar, famosas por un fuerte peñon que está encima de Guájar el Alto, de donde los moros saltan á saltar los caminos á la parte de Alhama, Guadix y Granada, matar los caminantes, incendiar los cortijos y robar los ganados.

La expedicion á las Guájaras era una necesidad política para el marqués de Mondejar, y en acometerla se interesaba su reputacion, puesto que no era bastante haber casi pacificado toda la Alpujarra en un solo mes de trabajosas y difíciles operaciones, haber sometido casi todas las tahas y reducido á la impotencia al rey Aben Humeya, para que sus enemigos los magistrados de Granada dejaran de motejarle de flojo y blando y contemporizador con los rebeldes, porque no los cautivaba ó degollaba á todos, y así lo representaban al rey, haciendo valer las correrías de los moros de las Guájaras para desvirtuar y aun para pregonar como falsos sus triunfos en la Alpujarra. Entendiólo el marqués, y enviando á Granada las cristianas cautivas y toda la gente inútil que le estaba embazando, movióse de Ujijar (5 de febrero), y pasando por Orgiba y Velez de Benabdalla, acampó en las Guájaras, donde llegaron el conde de Santisteban y don Alonso Portocarrero con un refuerzo enviado por el conde de Tendilla.

El famoso peñon donde se habían fortificado todos los moriscos de aquella tierra está situado en la cumbre de una montaña redonda á la media legua de Guájar el Alto, cercado de una roca tajada, que deja solo una angosta y fragosa vereda que va la cuesta arriba mas de un cuarto de legua, y luego tuerce por entre otras peñas mas bajas (1). Contra el dictámen y con repugnancia del de Mondejar se empeñó una noche don Juan de Villaroel, ansioso de ganar gloria, en dar un asalto con poca gente á aquella agreste trinchera. El ejemplo de los que iban estimuló á otros muchos caballeros y soldados á seguirlos, los unos movidos por la codicia, los otros por hacer jaetancia y alarde de valor, y los hubo que llegaron trepando hasta tocar los reparos del último fuerte. Pero unos y otros pagaron bien cara su temeridad. Cuarenta animosos moros, armados de piedras y chuzos, y excitados por Marcos el Zamar, salieron de su rústico baluarte, y arremetiendo á los cristianos que habían consumido imprudentemente sus municiones, comenzaron á degollar á los que estaban mas arriba, despeñando á otros que caían sobre los que estaban en la ladera y barranco, y haciendo una mortandad lastimosa. Fueron acuchillados los capitanes don Juan de Villaroel, don Luis Ponce, Agustín Venegas y el veedor Ronquillo: herido don Jerónimo de Padilla, hijo de Gutierre Gomez de Padilla, se salvó abrazándole apretadamente un esclavo cristiano, y echándose los dos á rodar por una peña hasta dar en el arroyo, donde fueron socorridos, aunque ya en el estado mas desastroso. Cuando acudió el marqués de Mondejar, bien que salvó

(1) Hé aquí cómo describe Luis del Mármol esta natural y formidable fortaleza. «Este es un sitio fuerte en la cumbre de un monte redondo, exento y muy alto, cercado de todas partes de una peña tajada, y tiene una sola vereda angosta y muy fragosa, que va la cuesta arriba á dar á un peñoncete bajo; y de allí sube por una ladera yerta, hasta dar en unas peñas altas, cuya aspereza concede la entrada en un llano capaz de cuatro mil hombres, que no tiene otra subida á la parte de Levante. A la de Poniente, está una cordillera ó cuchillo de sierra, que procede de otra mayor, y hace una silla algo honda, por la cual con igual dificultad se sube á entrar en el llano por entre otras piedras, que no parece sino que fueron puestas á mano para defender la entrada, si humanos brazos fueran poderosos para hacerlo, etc.»—Rebelion y castigo, lib. V, cap. 29.

todavía á muchos, ya no pudo evitar que el barranco y laderas quedaran sembrados de cadáveres y regados de sangre cristiana.

Irritó en vez de hacer perder aliento al general de los cristianos este desastre, y resuelto un día á acometer la terrible guarida de los moros, dió á cada capitán sus instrucciones, y combinados los movimientos y dando principio las compañías á subir con admirable decision aquellos recuestos pedregosos, descargando los cristianos sus arcabuces, contestando los moros, hombres y mujeres, con peñas y piedras que arrojaban desde su atrincheramiento, duró el combate todo el día, y fué necesario que viniera á poner tregua la noche. Esperaba el marqués para volver á la pelea que asomara otra vez el alba, cuando fué avisado de que el Zamar, temeroso de perecer de hambre en aquel estrecho recinto, había persuadido á los suyos y acordado con ellos abandonarle calladamente con toda la gente de guerra y las mujeres que tuvieran ánimo para seguirlos. Y en efecto, bajando por despeñaderos que parecían solo practicable para las cabras, habían ido desliziándose hácia las Albuñuelas, quedando solo los viejos y una parte de las mujeres con esperanza de salvar las vidas entregándose á la clemencia del vencedor. Receloso no obstante el marqués, aguardó á que luciera el día, y cuando se cercioró de la verdad del suceso, ordenó á los suyos avanzar al fuerte, de que sin resistencia se apoderaron. El Zamar, errante por aquellas sierras con una hija suya en los hombros, doncella de trece años, cayó en poder de unos soldados cristianos (2). El marqués de Mondejar, tal vez por desvanecer la reputacion de blando con los rebeldes y de excesivamente generoso con los vencidos de que le acusaban en la corte y en Granada, obró en esta ocasion con un rigor extremado, contrario al parecer á su carácter, haciendo pasar á cuchillo con desapiadada crueldad á cuantos halló en el fuerte, sin consideracion á sexo ni edad, sin perdonar á ninguno, y sin dejarse ablandar ni por las lágrimas y lamentos de aquellos infelices, ni por los ruegos de sus mismos caballeros y capitanes (3).

Repartió el botín entre los soldados; hizo asolar el fuerte; envió á Motril los enfermos y heridos, que eran muchos; permaneció allí hasta el 14 de febrero; partió despues á visitar los presidios de Almuñecar, Motril y Salobreña, y dió la vuelta á Orgiba á proseguir la reduccion de los lugares de la Alpujarra. El mando y cargo que había tenido don Juan de Villaroel le confirió á su hijo don Francisco de Mendoza.

Mas ya es tiempo de dar cuenta de lo que por otra parte había ejecutado el marqués de los Velez, gran señor en el reino de Murcia, á quien el presidente de la chancillería de Granada, don Pedro de Deza, desafecto al marqués de Mondejar, había excitado á que acudiese en socorro de las ciudades de Almería, Baza y Guadix, que los insurrectos moriscos amenazaban y tenían en peligro. Apresuróse en su virtud el de los Velez á convocar á sus amigos y vasallos, y congregando además las milicias de Lorca, Caravaca, Cehegin, Mula y otros lugares de aquella tierra, sin aguardar orden de S. M. y anhelando entrar armado en el reino de Granada, partió de su villa de Velez Blanco (4 de enero, 1569), y atravesando la sierra de Filabres con un temporal deshého de vientos, hielos y nieves, fué á alojar á la villa de Tabernas, donde descansó hasta el 13, esperando órdenes del rey y las banderas que habían de llegar de Murcia. Ya antes el capitán don García de Villaroel, saliendo de Almería, había hecho una atrevida sorpresa en encamisada á los moros de Benahadux, llevando á Almería la cabeza de su caudillo, y siete prisioneros que fueron ahorcados de las almenas de la ciudad. A esta empresa le habían acompañado el arcedian, el maestrescuela y otros varios prebendados de aquella iglesia, tomando así la guerra por aquella parte el mismo carácter religioso que hemos visto por la de Granada.

El movimiento del marqués de los Velez y su entrada en

(2) Llevado á Granada, le hizo ajusticiar el conde de Tendilla.

(3) Mendoza, Guerra de Granada, lib. II.—Mármol, Rebelion y castigo de los Moriscos, lib. V, capítulos 29 á 32.—Ginés Perez de Hita, Guerras civiles de Granada.—Cabrera, Historia de Felipe II, lib. VIII, capítulos 19 á 24.